



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

¡Señor mío y Dios mío!

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 20, 19-31 (2º Domingo de Pascua - Ciclo A – 23 de abril de 2017)



Han pasado ocho días desde aquel sábado en el que las comunidades cristianas, esparcidas por toda la faz de la tierra, unieron sus voces para cantar aleluya y festejar con júbilo que la luz de Cristo resucitado irrumpía en el mundo para disipar las tinieblas de la larga noche por la que está pasando la humanidad.

Han pasado ocho días desde aquel sábado en el que, como una sola voz, nos comprometimos a trabajar sin descanso por la vida pues no son pocos los que, atendiendo el dictado de sus intereses mezquinos, siguen empeñados en sembrar el horror.

Han pasado ocho días desde aquel sábado en el que el sí definitivo de Dios por la vida reavivó nuestra esperanza, reactivó la utopía y dio rienda suelta a la ilusión porque la muerte, esa que se creía dueña de la humanidad, ya no manda y no tiene la última palabra.

Ocho días después de aquel sábado, el Maestro, como buen pedagogo, nos invita a decantar la experiencia del encuentro con el triunfo de la vida mostrándonos su rostro que, como dice el Papa Francisco, es el rostro de la Misericordia.

Siguiendo el texto de Juan podemos entresacar cuatro características de la Misericordia que, en este tiempo privilegiado de la Pascua, pueden ser canales para que la vida transite en medio de nosotros:

La Misericordia vence el temor... La comunidad naciente se encontraba encerrada por miedo a los judíos. Hoy también nosotros podemos llenarnos de temor y encerrarnos en viejas seguridades que amarran el Evangelio y lo distancian de las necesidades de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. La presencia de Jesús entre nosotros nos llena de fuerza y valor para innovar y asumir los desafíos que la actual hora de la humanidad nos demanda. No dejemos que el temor al cambio o, incluso a la persecución, nos encierre y secuestre la ilusión.

La Misericordia suscita la alegría... Durante muchos años, me imagino que sin mala intención, pusimos el acento en las exigencias y las normas para ser “buenos cristianos” y, de esa manera, evitar el castigo divino, pero, ¿esa es la apuesta de Jesús? Hoy, como en la primera hora de la comunidad de discípulos, hemos vuelto a Galilea, donde todo empezó, y nos empeñamos en ser portadores de una buena noticia. Una noticia que libera, abre puertas, comunica esperanza, regenera mediante el perdón y suscita la alegría porque Dios está con nosotros para que vivamos en plenitud.

La Misericordia y la paz se besan... La paz es una de las señas más importantes de la Misericordia. La vida del que ha vencido a la muerte derriba el muro que divide a los hermanos y tiende puentes de reconciliación y perdón. Los seguidores de Jesús hoy, si queremos ser testigos de la Misericordia, hemos de tomar en nuestras manos las banderas de la paz y trabajar por ella en todos los rincones de la tierra donde la vida está amenazada. Jesús venció a la muerte y nosotros queremos prolongar su victoria trabajando por la paz y denunciando a sus enemigos. Desde aquí me solidarizo con los artesanos de la paz en Colombia, Venezuela, País Vasco, Próximo Oriente, África y todos aquellos lugares donde se sueña un futuro en paz.

La Misericordia reaviva la fe dudosa... Tomás, quien no se encontraba entre los discípulos en la primera aparición de Jesús, no creyó la noticia de su resurrección. Como muchos de nosotros, necesitaba pruebas, datos, ¡evidencias! Su fe dudosa, sin embargo, va a ser objeto de una estrategia paciente y sencilla por parte de Jesús que hará que el incrédulo de ayer haga una de las confesiones de fe más profundas: **“Señor mío y Dios mío”**.

Jesús no recrimina la incredulidad de Tomás. Cuando lo encuentra con la comunidad en su segunda aparición no le llama con tono inquisidor, sino que, con una ternura exquisita, le enseña sus heridas para que pueda dar el paso a la fe. No le avasalla, no le intimida..., le acompaña y le sugiere el camino para que, libremente, haga su adhesión personal a la fe.

La fe de Tomás se ha acrisolado con la experiencia de la Misericordia y de la ternura de un Dios que no le recriminó sus dudas, sino que, pacientemente, le abrió a un horizonte creyente que ya no necesita pruebas sino encuentros. Interesante método para nuestra misión evangelizadora hoy, ¿verdad?

Abramos nuestros ojos para ver el rostro de Dios, dejémonos inundar de su amor y su ternura y hagámonos testigos de su Misericordia.